

Ideas y creencias del hombre postmoderno

Ideas y creencias del hombre actual» es el título de un libro, escrito por el autor de este artículo, que el pasado año publicó la Editorial Sal Terrae y cuya primera edición se agotó en siete meses (véase la recensión del mismo en nuestro número de diciembre). El libro analiza tanto la modernidad como la postmodernidad. Dado el interés que, para todos aquellos que se interesan por el hombre, tiene conocer bien lo que hay en el corazón y en la cabeza de nuestros contemporáneos, hemos pedido al autor que vuelva sobre el tema que estudia en la segunda parte: las ideas y creencias postmodernas.

Luis González-Carvajal
Santabábara *

AQUEL individuo que entró con una pistola en el Employment Security Building de Olimpia, Washington, para asesinar

* Profesor de Teología. Instituto Superior San Dámaso. Madrid.

nar a una computadora podría quizás simbolizar los sentimientos que hoy alberga mucha gente frente a la organización tecnoburocrática que caracteriza al mundo moderno. «La modernidad —dice uno de ellos— se ha convertido en mierdonidad» (1).

Son muchos, efectivamente, los que piensan que el proyecto moderno ha fracasado y una nueva cultura —la postmodernidad— está ocupando su lugar. Otros (como Habermas) consideran que la modernidad es un «proyecto inacabado» pero con futuro y, aunque sea necesario enderezar su rumbo, debe sobrevivir para el bien de la humanidad (2).

La computadora del Employment Security Building no murió, porque su unidad central estaba protegida por una plancha de acero a prueba de balas. En cuanto a la modernidad, sólo el tiempo nos dirá si sucumbirá ante el empuje de las ideas y creencias postmodernas, o más bien serán éstas quienes desaparezcan como una moda más. De momento ni siquiera estamos en condiciones de adivinar cuál será el nombre propio (al estilo de «Renacimiento», «Reforma» o «Ilustración») por el que un día se conocerá esta nueva época que supuestamente estaría comenzando ahora. Como es lógico, «postmodernidad» debe ser considerado tan sólo un término heurístico, es decir, «de búsqueda». Tener que recurrir a él conlleva una humillación no pequeña porque el prefijo «post» revela que, hoy por hoy, la modernidad es la auténtica sustantividad.

El espejismo del progreso y la disolución de la historia

LA modernidad se había caracterizado por una fe inmovible en el progreso ilimitado de la humanidad. Condorcet, en su famoso «Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano», auguraba un futuro grandioso en el que existiría la igualdad entre las naciones, entre los individuos de una misma nación y entre los sexos; la abolición de la guerra, de la propiedad, de la servidumbre y el colonialismo; el establecimiento de la alfabetización universal y un aumento de la longevidad humana (3).

En la modernidad todo el mundo creía conocer la forma de alcanzar esas metas y pusieron manos a la obra. Los ilustrados concentraron sus esfuerzos en la educación del pueblo, los marxistas esperaron que la lucha de clases condujera a

(1) Leiris, Michel: «Modernité/merdonité». *Nouvelle Revue Française*, octubre 1981.

(2) Cfr. Habermas, Jürgen: *La modernidad, un proyecto incompleto* [Foster, Hal (ed), *La postmodernidad*, Kairós, Barcelona, 1985, pp. 19-36].

(3) Cfr. Condorcet, Jean-Antoine: *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, Editora Nacional, Madrid, 1990.

una sociedad reconciliada y los capitalistas pusieron sus esperanzas en la revolución tecnoindustrial. Pero a unos y a otros les salió el tiro por la culata y el siglo XX ha resultado ser un inmenso cementerio de esperanzas. En el continente que se preciaba de «ilustrado» estallaron dos guerras —extendidas pronto al resto del mundo— que sin apenas hipérbole podemos decir que hicieron experimentar el infierno en la tierra, los regímenes marxistas acabaron convirtiéndose en lúgubres campos de concentración y la gente de los países capitalistas occidentales está descubriendo que, en medio de su opulencia, carecen de razones para vivir: «Hoy no hay mendigo que no envidie sólo por no ser yo», escribía Fernando Pessoa (4). En definitiva, que para toda una generación el mundo de repente se ha venido abajo.

En opinión de Vattimo, «el momento que se puede llamar el nacimiento de la postmodernidad en filosofía es la idea (nietzscheana) del eterno retorno de lo igual; el fin de la época de la superación» (5). Con otras palabras: que el progreso de la humanidad en el que creían nuestros abuelos y nuestros padres ha resultado ser un espejismo.

Algunos van más lejos todavía: no solamente el progreso ha resultado ser un espejismo, sino que también se ha evaporado la historia. Hay —desde luego— muchas historias pequeñas. Cada individuo tiene la suya. Pero todas esas historias pequeñas se entrecruzan sin que el conjunto de ellas tenga el menor sentido. La historia en singular se la han inventado los historiadores seleccionando caprichosamente aquellos acontecimientos que les parecían susceptibles de enlazarse entre sí dando la sensación de un todo unitario y lleno de sentido. Con otras palabras: el precio que ha habido que pagar para que la humanidad viva con la ilusión de estar «haciendo historia» es relegar al cubo de la basura cantidades inmensas de materiales que no encajaban en el esquema. Si los historiadores hubieran pretendido registrar y ordenar todo cuanto ocurre, encontraríamos ante nosotros una masa absolutamente informe.

A lo mejor algún crítico podría objetar que el prefijo «post» implica una sucesión histórica entre la modernidad y la postmodernidad, y, por lo tanto, contradice la tesis del final de la historia. Pero, como veremos más adelante, el pensamiento postmoderno se despreocupa de esas sutilezas mentales.

De la ética a la estética

AL haberse evaporado la ilusión de la historia, *la estética sustituye a la ética*. Si no venimos de ningún sitio ni vamos a ninguna

(4) Pessoa, Fernando: *Obra poética* (edición bilingüe), T. 2, Ediciones 29, Barcelona, 1981, p. 187.

(5) Vattimo, Gianni: *El fin de la modernidad*, Gedisa, Barcelona, 1986, p. 146.

parte, estamos en la misma situación que un viajero sin brújula. Puede ir a donde se le antoje porque ninguna dirección es mejor que otra. «La filosofía —escribe Vattimo— no puede ni debe enseñar a dónde nos dirigimos, sino a vivir en la condición de quien no se dirige a ninguna parte» (6). Y, como es lógico, si ésa es la condición humana se imponen dos consejos:

El primer consejo es disfrutar «ya», sin aplazar las satisfacciones. En términos freudianos diríamos que los modelos «anales» de comportamiento (acumulación de bienes y fomento del ahorro), propios de la cultura moderna del siglo XIX, están siendo sustituidos en la postmodernidad por modelos «orales». Si el hombre moderno estaba obsesionado por la producción, el postmoderno lo está por el consumo.

Podríamos decir que el tránsito de la sociedad del ahorro a la sociedad de consumo es a la vez manifestación y causa de la nueva mentalidad. En la postmodernidad la moral puritana ha cedido paso al hedonismo: el placer de la buena mesa, el goce sexual, las vacaciones de lujo... Y es lógico: cuando no se espera nada del futuro es preferible vivir al día y pasárselo bien. Parodiando el título de un famoso libro de fray Antonio de Guevara diríamos que los postmodernos hacen el «menosprecio de hormiga y alabanza de cigarra» («Los Refrescos» han puesto música a esa idea; en su canción «Todo, nada» nos dicen: «Pude ser hormiga, he querido ser cigarra» (7).

En la postmodernidad asistimos igualmente a una desvalorización del trabajo en sí mismo (y del tiempo de trabajo, por tanto): ausencia de activismo y energía, falta de interés por luchar para colocarse más alto, pérdida de la ambición, del afán de superación, del espíritu de empresa y aventura, declive del modelo del *self-made man* (existe un virus informático, sin duda muy postmoderno —el *sunday virus*— que impide trabajar en domingo. Primero aparece el mensaje: «hoy es domingo, ¿por qué trabajas tanto?», y a continuación borra todos los ficheros) (8).

El segundo consejo que da la filosofía postmoderna «a quien no se dirige a ninguna parte» y sabe que el progreso se ha vuelto imposible es retirarse al santuario de la vida privada, donde se da la única felicidad —modesta— que el hombre puede conseguir. Recordemos unos versos famosos de Fernando Pessoa:

«Haber injusticia es como haber muerte.

Yo nunca daría un paso para alterar
aquello que llaman la injusticia del mundo.

Acepto la injusticia como acepto que una piedra no sea redonda,
y un alcornoque no haya nacido pino o roble» (9).

(6) Vattimo, Gianni: *Más allá del sujeto*, Paidós, Barcelona, 1989, p. 11.

(7) Los Refrescos: *Todo, nada (Kings of chunda chunda)*, Polygram Ibérica, Madrid, 1990).

(8) *Ya*, 31 de marzo de 1990, p. 54.

(9) Pessoa, Fernando: *Obra poética*, Ediciones 29, Barcelona, 1981, tomo 1, p. 251.

Asistimos, de hecho, a una creciente indiferencia hacia las cuestiones de la vida colectiva (abstencionismo político, crisis de militancia, etc.) mientras sube enteros en el mercado de las cotizaciones sociales todo lo referente al propio yo: grupos de encuentros, terapia de sentimientos, cuidado del cuerpo, *feedback* bioenergético, masaje físico, pedagogía del contacto...

Crepúsculo de la razón y explosión del sentimiento

LOS individuos modernos estaban orgullosos de «la afanosa e incorruptible razón que apremia al hombre para desarrollar las capacidades en él depositadas y no le permite volver al estado de rudeza y de sencillez de donde salió» (10). Hoy, en cambio, se publican libros titulados «La miseria de la razón» (11), «La razón sin esperanza» (12), «La crisis de la razón» (13)... Es necesario —nos dicen— despertar del sueño dogmático de la razón: un sujeto finito, empírico, condicionado, nunca podrá establecer lo incondicionado, lo absoluto, lo incontrovertible. Sólo hay lugar para un saber precario.

Surge una pregunta obligada: si ninguna de las cosmovisiones filosóficas, políticas o religiosas que movilizaron a los hombres modernos están fundadas sobre tierra firme, ¿qué son entonces? Lyotard responde sin dudarle un momento: tan sólo «grandes relatos» (14), no pueden reivindicar ninguna objetividad, son simples narraciones. Y además, la experiencia pone de manifiesto que esas grandes narraciones son peligrosas porque, antes o después, apelan al terror para imponerse. El cristianismo recurrió a la Inquisición, el marxismo a la KGB y a los gulags, el nazismo a los campos de exterminio y la civilización occidental a la bomba atómica. Así, pues, es muchísimo más higiénico renunciar a los discursos omnicomprendivos y contentarnos con un «pensamiento débil» (15).

Al destronamiento de la razón ha seguido un despertar impetuoso de la subjetividad y el sentimiento. No hace mucho declaraba Francisco Umbral en una entrevista: «Lo que te pide el cuerpo es verdad, no lo traiciones nunca» (16). En

(10) Kant, Emmanuel: *Comienzo presunto de la historia humana (Filosofía de la historia)*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1981, p. 77.

(11) Reguera, Isidoro: *La miseria de la razón*, Taurus, Madrid.

(12) Muguerza, Javier: *La razón sin esperanza*, Taurus, Madrid.

(13) Jaraúta, Francisco (ed): *La crisis de la razón*, Universidad de Murcia, Murcia, 1986.

(14) Cfr. Lyotard, Jean-François: *La condición postmoderna*, Cátedra, Madrid, 2.ª ed., 1986, pp. 63-71.

(15) Cfr. Vattimo, Gianni y Rovatti, P. A. (eds.): *El pensamiento débil*, Cátedra, Madrid, 1988.

(16) *El Mundo*, lunes 22 de julio de 1991. UVE, p. 4.

consecuencia el postmoderno no se aferra a nada, no tiene certezas absolutas, nada le sorprende y sus opiniones son susceptibles de modificaciones rápidas.

A ello han contribuido también —en opinión de Vattimo (17)— los medios de comunicación de masas. Adorno, en obras como *Dialéctica de la Ilustración* (escrita en colaboración con Max Horkheimer) y *Minima Moralia*, preveía que la radio (más tarde también la televisión) tendría el efecto de producir una homologación general del pensamiento. Pero ha ocurrido justo lo contrario. A pesar de los esfuerzos de los grandes monopolios de la información, la radio, la televisión y la prensa están difundiendo las concepciones del mundo más diversas. Las minorías étnicas, sexuales, religiosas, culturales o estéticas han tomado la palabra, y el individuo postmoderno, sometido a una avalancha de informaciones y estímulos difíciles de estructurar, ha hecho de la necesidad virtud y ha optado por un vagabundeo incierto de unas ideas a otras.

Abandonada ya la idea de que sólo existe una forma de humanidad verdadera, y solicitado por múltiples racionalidades «locales», cada cual compone a la carta los elementos de su existencia tomando unas ideas de acá y otras de allá, sin preocuparse demasiado por la mayor o menor coherencia del conjunto (ya hemos dicho que hoy no manda la razón, sino el sentimiento). El resultado se parece mucho a esas vallas publicitarias en las que quedan trozos de los distintos carteles que estuvieron pegados en ellas resultando así un conjunto fragmentario y contradictorio. En lugar de un yo integrado, la fragmentación parece el destino insuperable del hombre de hoy.

¿Tendremos que contraponer a este mundo fragmentado la nostalgia de una realidad sólida, unitaria, estable y «autorizada»? La respuesta de los postmodernos es rotundamente negativa. Esa nostalgia pondría de manifiesto una actitud neurótica: el esfuerzo por reconstruir el mundo de nuestra infancia, donde la autoridad familiar era a la vez amenazante y aseguradora.

El «boom» del esoterismo

EN la modernidad el pensamiento dominante daba por supuesto que la mentalidad científico-técnica acabaría eliminando cualquier vestigio mágico e incluso religioso, pero he aquí que en la postmodernidad estamos asistiendo a un auténtico «boom» del esoterismo: chamanismo primitivo, teosofía, sufismo, somanes, vida después de la muerte, tarot, kabbala, alquimia, antroposofía... Y lo más extraordinario es que esos fenómenos no han

(17) Cfr. Vattimo, Gianni: *La sociedad transparente*, Paidós, Barcelona, 1990.

aparecido en ghettos premodernos, sino en el corazón de la tecnópolis: el frío y tranquilo programador de la computadora se hace místico en sus horas libres o quizás resulta ser un faquir oriental.

En opinión de algunos todo ello no es más que una reacción ante la incapacidad del racionalismo moderno para proporcionar un sentido a la vida. «La verdad de la cuestión es ésta —nos dice Roszak—: Ninguna sociedad, ni siquiera la de nuestra tecnocracia más secularizada, puede pasarse absolutamente sin misterio y sin ritual mágico» (18).

En cambio Marvin Harris piensa que el «boom» del esoterismo no se debería tanto al deseo de encontrar un sentido último para la vida como al deseo de encontrar soluciones de tipo mesiánico para los problemas económicos y sociales que han aparecido en estas últimas décadas: desempleo, inflación, alienación laboral, sentimiento de aislamiento y soledad, inseguridad ciudadana, etc. (19).

En mi opinión, ambos llevan algo de razón. En los nuevos cultos se mezclan la sugestión, la magia, la búsqueda de lo novedoso o anómalo y probablemente también auténticas inquietudes religiosas. Es tal su complejidad que Roszak defiende en otro lugar la conveniencia de inventar alguna palabra inutilizable para designarlos, por ejemplo, «psico-místico-paracientífico-espiritual-terapéutico» (20).

Lo malo es que en los nuevos cultos el repudio postmoderno de la razón y el espíritu crítico suelen alcanzar el paroxismo, volviéndose sumamente peligrosos. Basta pensar en las sectas destructivas: Secta Moon, Los Niños de Dios, Movimiento Hare Krishna, Misión de la Luz Divina, Scientology, etc. Como es sabido, en ocasiones han llegado a matar haciendo del asesinato un «gesto litúrgico». El mundo entero se estremeció ante los homicidios cometidos por la comunidad de Charles Manson y, sobre todo, por lo ocurrido el 18 de noviembre de 1978 en aquel calvero de la jungla de Guyana donde Jim Jones, líder de una secta californiana llamada el Templo del Pueblo, y más de 900 seguidores se quitaron la vida.

Cuando estaban empezando a aparecer estos nuevos cultos comentó Andrew Greeley: «Podemos alegrarnos de que la cuestión religiosa pueda plantearse de nuevo, pero después que hayamos soportado durante un cierto número de años al faquir oriental podrá ocurrir muy bien que echemos de menos al tecnócrata secular» (21).

(18) Roszak, Theodore: *El nacimiento de una contracultura*, Kairós, Barcelona, 6.ª ed., 1978, p. 162.

(19) Cfr. Harris, Marvin: *La cultura norteamericana contemporánea. Una visión antropológica*, Alianza, Madrid, 1984, pp. 157-184.

(20) Roszak, Theodore: *Unfinished Animal: The Aquarian Frontier and the Evolution of Consciousness*, Harper and Row, New York, 1975, p. 30.

(21) Greeley, Andrew: *La nueva religiosidad americana*: Concilium 69 (1971), 412.

El retorno de Dios

AFORTUNADAMENTE en la postmodernidad no sólo retornan los brujos. También Dios. El día 8 de abril de 1966 —cuando todavía era dominante la cultura moderna— la primera página del semanario norteamericano *Time* nos golpeó a todos con una pregunta terrible: «¿Ha muerto Dios?» Tres años y medio más tarde, el 29 de diciembre de 1969, también en la primera página, planteaba la pregunta inversa: «¿Va a resucitar Dios?» Pero entonces sugería una respuesta afirmativa.

Aun cuando debamos sonreír ante la observación de que «los filósofos y los teólogos —en subempleo secular— son hoy tan buscados y codiciados como los informáticos» (22), no debe extrañarnos demasiado que en la postmodernidad vuelva Dios puesto que han caído en desgracia quienes le desterraron: el racionalismo extremo y la fe autosuficiente en el progreso ilimitado de la humanidad.

Sin embargo, la nueva cultura no permite que Dios recupere todos sus derechos. El hombre postmoderno no podrá nunca amar a Dios «con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas y con toda su mente» (Dt 6, 5; Lc 10, 27 y par.) porque ya hemos dicho que a él le van las convicciones débiles que se viven sin pasión y se abandonan sin dificultad.

Además, como el individuo postmoderno obedece a lógicas múltiples, frecuentemente se prepara él mismo su «cóctel religioso» combinando creencias cristianas con creencias hindúes (como por ejemplo la reencarnación de las almas) o de otras procedencias. Viene a la memoria el modelo de «mercado religioso», sugerido por Berger (23): en las sociedades actuales el individuo desempeña el papel de «cliente» ante una variada «oferta religiosa», dentro de la cual podrá elegir —practicando cierto sincretismo— las creencias que más le gusten. Por último, el individuo postmoderno desconfía de las iglesias porque le parecen excesivamente controladoras del pensamiento y de la conducta. Preferirá vivir su fe por libre y —en el límite— aparecerá esa «religión invisible» de la que hablaba Luckmann (24).

En resumen, que no debemos lanzar las campanas al vuelo demasiado alegremente. Desde el punto de vista cristiano, la religión postmoderna necesita ser evangelizada.

(22) Naisbitt, J., y Aburdene, P.: *Megatrends 2000. Ten New Directions for the 1990's*. New York, 1990, p. 339 (cit. por Küng, Hans: *Proyecto de una ética mundial*, Trotta, Madrid, 1991, p. 35, n. 21).

(23) Cfr. Berger, Peter L.: *Para una teoría sociológica de la religión*, Kairós, Barcelona, 1971, pp. 198-218.

(24) Luckmann, Thomas: *La religión invisible*, Sígueme, Salamanca, 1973.

Luces y sombras de la postmodernidad

AUNQUE todavía es demasiado pronto para poder emitir un juicio sereno sobre la postmodernidad, no parece arriesgado afirmar que estamos ante *una reacción unilateral frente a las unilateralidades que tenía la modernidad*.

El esfuerzo y la autodisciplina que los hombres modernos se exigían a sí mismos eran, sin duda, despiadados. ¿Acaso no es más humano aquel «trabajar para poder holgar» de Aristóteles (25) que el trabajar para trabajar, y así «ad infinitum», de los modernos? Pero parece como si la postmodernidad se hubiera ido al otro extremo desvalorizando completamente el trabajo, el mérito y la emulación.

También parece evidente que el racionalismo extremo de la modernidad mutiló al sujeto, pero es difícil admitir que la solución esté en sustituir la tiranía de la razón por la tiranía del sentimiento.

Malo era considerar la religión como un residuo premoderno condenado a la extinción porque sólo resultaban legítimas aquellas verdades que fueran susceptibles de verificación empírica, pero no se sabe si no es peor todavía prestar oídos ahora a cualquier *ayatollah* casero por disparatadas que sean sus enseñanzas.

Y así podríamos seguir. Lyotard compara la postmodernidad al trabajo propuesto por Freud en «La interpretación de los sueños», es decir, un camino de terapia psicoanalítica por la *anamnesis* que permita aflorar lo reprimido (26). Todo hace pensar, sin embargo, que en lugar de integrar lo reprimido, hemos caído víctimas de ello y hemos reprimido lo vivido hasta ahora, con lo cual permanece la represión y solamente cambia de objeto.

Sin embargo, debemos observar que la descripción de la postmodernidad que hemos intentado resumir en estas páginas —así como la descripción de la modernidad que hago en mi libro «Ideas y creencias del hombre actual» y aquí he dado por supuesta —responden a lo que Max Weber llamaba «tipos ideales» (27). Los tipos ideales se obtienen aislando mentalmente las tendencias características de un fenómeno como si ellas solas dominaran en toda su pureza, sin verse contrarrestadas por fuerzas opuestas.

Desde luego, como dice Berger, «una sociedad totalmente moderna sería

(25) Aristóteles: *Ética a Nicómano*, lib. 10, cap. 7, núm. 1.177 b (*Obras*, Aguilar, Madrid, 2.ª ed., 1977, p. 1304).

(26) Lyotard, Jean-François: *La postmodernidad (explicada a los niños)*, Gedisa, Barcelona, 1987, p. 90.

(27) Cfr. Weber, Max: *Ensayos sobre metodología sociológica*, Amorrortu, Buenos Aires, 1982, pp. 79-101.

como una pesadilla de ciencia-ficción» (28). Y lo mismo podríamos decir de una sociedad totalmente postmoderna. Pero, gracias a Dios, se trata tan sólo de tipos ideales. En ningún lugar del mundo existe un hombre moderno al cien por cien, así como tampoco un hombre postmoderno al cien por cien, sino siempre una mezcla de ambos con mayor o menor proporción de ambos tipos ideales. Dichosos aquellos individuos que no hayan dejado oscilar el péndulo de un extremo a otro, sino que hayan sabido dosificar correctamente la mezcla.

(28) Berger, Peter; Berger, Brigitte, y Kellner, Hansfried: *Un mundo sin hogar. Modernización y conciencia*, Sal Terrae, Santander, 1979, p. 218.